

BALMES O LA PRIORIDAD DE LO SOCIORRELIGIOSO SOBRE LO POLITICOECONOMICO

I

INTRODUCCIÓN

En la época de Jaime Balmes, real y auténticamente progresiva en lo filosófico, período de constante evolución de la teoría social, con un auge en lo religioso, en el que el catolicismo español adquiere unidad y concierto, parece bueno y oportuno reflexionar sobre la concatenación de todos estos factores en el pensamiento balmesiano y en qué forma éste los interrelaciona y, en algunos casos, subordina: lo económico a lo político; lo político a lo social; lo económico, lo político y lo social a los condicionamientos morales y religiosos. Por tanto, las principales vertientes a estudiar sobre esta cuestión, en el pensamiento de Balmes, son las que a continuación se consignan, en el orden de menor a mayor entidad en que deben figurar:

- Prioridad de la política sobre la economía.
- Prioridad de lo social sobre lo político.
- Prioridad de lo moral y religioso sobre los demás aspectos y en forma absoluta.

II

PRIORIDAD DE LA POLÍTICA SOBRE LA ECONOMÍA

En primer lugar, habrá que convenir que la política de gobierno no es sino el arte de realizar en cada momento aquella porción de ideal del hom-

bre que taxativamente permiten las circunstancias, mudables, relativas y contingentes (1), para mejor progresar, concertar y realizar civilizando (2).

Mutualidad y contingencia son, pues, fácilmente captables en su amplio y doctrinal aspecto, como lo hacía el pensamiento balmesiano. Sosteniase que sería forzoso tener en cuenta aquellas ideas, de gran repercusión en el pensamiento político de la época, que se contenían en el congruismo y en el casuismo. Pero es lo cierto que lo más granado del pensamiento ochocentista español, el neocatolicismo, nada tiene que ver con la teoría del jacobismo francés, puesto que la concepción gala entiende que el pueblo está representado por el voto de la mayoría, y que ésta posee el derecho absoluto a crear leyes sin sujeción a un derecho superior y permanente. Y esto, desde luego, es rotundamente rechazado por el pensamiento balmesiano.

El neocatolicismo hispano, heredero de nuestra mejor línea doctrinal, aparece tremendamente doctrinario en sus capitales figuras, como vamos a mostrar mediante los propios razonamientos de las personalidades en cuestión.

Recordemos que, de Juan Donoso Cortés se ha dicho, no en balde, que difícilmente podría llegarse a una completa comprensión de la doctrina política de España, en las décadas centrales del siglo XIX, sin captar el genio sintético del marqués de Valdegamas, su brillante concatenación de ideas. En parte, resulta el pensamiento contrapeso ideológico al delatado por Enrique Bergson en su famosa ley. Aparte de que Donoso haya sido presentado como liberal, tradicionalista y, finalmente, jefe de un movimiento revolucionario de características *sui generis*: social, católico, monárquico y parlamentario.

(1) «Política, tiene, sin duda, algo que ver con *politesse*, con ser *polis*, educado, con no ser un "incivil". Ser "político" significa también en la vida social, ser de buenas maneras, poseer "tacto" y sentido de la convivencia» (LOIS LEGAZ LACAMBRA: *La idea del Estado en Donoso Cortés y en Vázquez de Mella*).

(2) «Sin unidad no hay concierto, sin concierto no hay orden, y sin orden no pueden subsistir el mundo físico y moral. Estas son verdades inconcusas, eternas, aplicables a la sociedad y al individuo. ¿Qué es la virtud? Un orden, un concierto, subordinados a la gran unidad, a la ley eterna, a Dios. ¿Qué es la esencia? Un orden, un concierto, dependiente de la unidad, del principio generador de los conocimientos.

»Para darnos a entender mejor, asentaremos estas dos proporciones que parecen paradojas: nada hay más grande sino lo infinito, nada hay pequeño sino la nada; todo es grande excepto la nada, todo es pequeño excepto lo infinito. No trato de apelar a sutilezas, y sí únicamente al sentido común, al lenguaje más usual, más vulgar. Un enorme peñasco es muy grande, y ¿cuándo? y ¿cómo? Cuando se le compara con las piedras que hay en torno de él; pero considerada la extensa cordillera de montañas en que se halla engastado, el peñasco se convierte en una cosa pequeña.

»Progreso o civilización: habrá el máximo de civilización cuando coexistan y se combinen en el más alto grado, la mayor inteligencia posible con el mayor número posible» (BALMES: ob. cit., XXIV, pág. 332; y XI, pág. 333).

Al propio tiempo, el político extremeño se jactaba de la posibilidad de hacerse dictatorial, si necesario fuere, para defender el orden, en caso de que el propio fallo de las instituciones normales de gobierno del país llevaran a la conclusión de que resultaba conveniente sustituirlas. Para Donoso, la política debe ser el resultado de las necesidades sociales, el centro de todas las fuerzas y el foco de reunión de todos los intereses patrios. No es extraño que un autor español (Modesto Lafuente y Zamalloa: *Historia general de España*, página 74) formule la sagaz observación de que mientras Alejandro Mon, Joaquín Francisco Pacheco y José Luis Sartorius se dedicaban a formar partidos, Donoso iba enriqueciendo el contenido doctrinal del partido conservador.

Ramón Menéndez Pidal afirma que la concepción doctrinal llega a rumbos peligrosos para el partido del tradicionalismo español: continuamente se están dando nuevas formas, pero hay que evitar que estén «mal puestas» esas renovadas y distintas fórmulas donosianas para el tratamiento de los eternos problemas.

Otro autor (José Frexas: *El socialismo y la teocracia*, pág. 1) alude a Donoso en forma más peyorativa: Hobbes, escribiendo el siniestro resplandor del fanatismo revolucionario del pueblo inglés, era un materialista escéptico y decepcionado, y Donoso, pintado a la luz fascinadora de una imagen oriental, como el peligro de soltar el báculo del filósofo para ceñir, exclusivamente, la corona del poeta; ese es el secreto de casi todas las elucubraciones donosianas.

Pese a todo, habrá que insistir en que Donoso es uno de los primeros, entre los grandes europeístas, y, en muchos aspectos, la más rutilante estrella de la época que, con su «agonismo vital», atrae a lo más granado del pensamiento político.

Formulemos otra breve incursión en el pensamiento del distinguido neocatólico Cándido Nocedal. En realidad, éste tuvo muchos e interesantes puntos de contacto con el pensamiento donosiano, hasta el extremo de que en varios aspectos importantes pueden considerarse mentes gemelas. Ramón Menéndez Pidal sintetiza la doctrina del escritor gallego de la siguiente certera forma: Nocedal, olvidándose de sus errores febronianos y jansenistas había pasado a ser, de progresista y miliciano nacional, uno de los campeones decididos y valientes del partido «moderado histórico», fundador de lo que se llamó después «neocatolicismo»; siendo aquél, últimamente, pontífice laico del «integralismo carlista».

Vamos, pues, sintentizando: Balmes, Donoso y Nocedal forman el triunvirato de máximos representantes del doctrinarismo neocatólico español.

Jaime Balmes es, sin duda, figura de primerísima fila, por lo que rogamos al lector considere como anárquico el orden en el que se vienen estudiando a

estas personalidades, en cuanto a significación de doctrinarios políticos, pues bien sabemos que persona tan ponderada como Su Santidad León XIII se atreve a calificar al religioso de Vich, en su condición de pensador político, como el primer talento político del siglo. Es Jaime Balmes el creador de una auténtica filosofía de la política, que contiene, como base y levadura, lo católico y lo escolástico. Idea esta que luego tomó carta de naturaleza en la concepción doctrinal de la política, que vino a denominarse «ultramontanismo español». Evidentemente, se trataba, en realidad, de una teoría positiva y correcta, tan dispar con otras de muy distinta índole que pretendían ponerse en boga dentro y fuera de España (3).

* * *

Al examinar el esquema doctrinal del pensamiento económico, entendemos que se impone, en primer lugar, la afirmación de que en política económica influyen, decisivamente, las directrices del pensamiento económico en el rumbo de las concepciones políticas. Pero más decisiva aún es la concepción política para el decurso y enfoque de la economía. Es necesario, por tanto, para realizar una tarea fecunda en el organismo social, la adecuada armonización entre la vida política y la vida económica. Explicándonos más, debemos señalar que el progreso económico no puede ser nunca desfasado del mejoramiento social, si es que de verdad deseamos no introducir en el desarrollo político perturbaciones que pueden comprometer, e incluso de forma grave, tanto al individuo como a la sociedad.

Resulta, pues, absolutamente necesario que el nivel cultural acompañe, con igual ritmo expansivo e intensivo, todo el aumento de nivel económico de vida. O, dicho de otro modo, que el pensamiento balmesiano tuvo la gran intuición de que a toda costa debería procurarse una compensación mutua, entre los aspectos económico y social, para evitar cualquier desequilibrio que pudiera resultar funesto a la comunidad.

Y es lo cierto que el factor relativo al desarrollo económico no tuvo, des-

(3) «No olvidemos una verdad que está escrita a cada paso en toda la historia del humano linaje. Lo que falta por lo común al hombre y a la sociedad no son buenas reglas, sino su aplicación; no son buenas leyes, sino su cumplimiento; no son buenas instituciones, sino su genuina realización. La mano del hombre es terrible para estropear y falsear; dejadle que toque una cosa cualquiera, o la quebranta o la tuerce. Por esto, cuando se trata de examinar el mérito de una institución, no tanto se la debe mirar en sí como en las garantías que ofrece de no ser falseada: no son las mejores instituciones las que entrañan más perfección, sino las que llevan mejor escudo» (BALMES: ob. cit., XXIII. pág. 42).

graciadamente, análoga progresión, pese al meritorio trabajo realizado por el tesón de los infatigables expertos, técnicos y teóricos de tanto relieve, algunos de ellos de justificada talla universal, como Juan Alvarez y Mendizábal, Andrés Borrego y Borrego, José Cangas Argüelles, Manuel Colmeiro y Penido, Miguel García Barzanallana, José Piernas y Hurtado y José Salamanca y Mayol, por no hacer prolija esta cita de destacados economistas, hacendistas y financieros. Pero, en última instancia, la política económica, desvinculaciones incluidas, careció de la virtualidad deseada, que cabía esperar de aquel conjunto de favorables circunstancias, que en el extranjero llegó a más felices resultados, en países afines a España.

Volviendo a centrarnos en la política balmesiana, lo fundamental para esta doctrina era alcanzar los objetivos políticos en la coyuntura económica del momento, poniendo especial cuidado para que la economía no se resquebrajase ni padeciese demasiado en su fortaleza. Para esta teoría era axiomático que lo económico se convertía en fuente de toda independencia, incluso la política.

El gran descubrimiento de Jaime Balmes fue su presentimiento y hasta su previsión de que las doctrinas, problemas y postulados de la ciencia política y los de la ciencia económica no debían considerarse contrapuestos, ni siquiera separados, aunque, en realidad, sean distintos. Es cierto que, hasta entonces, el liberalismo venía entendiendo, erróneamente, todo lo contrario, pese a la evidencia de la teoría de jerarquización de fines, implicada en la doctrina del principio de no abstencionismo estatal en la vida económica: el *laissez-faire* ya no era, por tanto, un principio de libertad sin mácula de pureza; véase que comenzaba a imponerse el intervencionismo y no sólo por las supremas razones de *salus publica*.

Se abrió paso la idea que admitía que la economía debe subordinarse a la política; o mejor dicho, que la política económica definía metas y objetivos a conseguir y, el economista, el técnico y experto de este campo, proporcionaría los medios para alcanzar los fines señalados por el político, por el estadista, que con su amplia visión de conjunto habría de seleccionarlos para cada momento y lugar. Es decir, que el economista proporciona las medidas idóneas que deberán adoptarse para la consecución de unos fines, previamente fijados por el estadista, con su asesoramiento y asistencia en todas las vicisitudes de la política económica nacional y con el mínimo de sacrificio de medios, pero con la importante condición de que, en relación de medios afines, se interesa un óptimo, para el que, en opinión del pensamiento coetáneo, la directriz se apartó al máximo de dicho óptimo, aunque se reconozca que, personalidades políticas como el marqués de Salamanca, tuvieron claras ideas, como pro-

hombre de acción política, de lo que sobre economía era conveniente en España.

Señálanse, por ello, contradicciones importantes en la política económica que los estadistas llevaron a cabo en dicha época: el apartamiento español no fue de los más pequeños errores, y era tanto más absurdo cuanto que las circunstancias de la nación, con el término de las guerras coloniales y el progresivo aumento de la población, apuntaban, claramente, otro horizonte, y, en su empecinamiento, la política seguida malograba y frustraba magníficas oportunidades, puesto que esta nueva política, liberal, con sus pretendidas transformaciones de sentido radical, puede decirse que en casi nada importante tuvo éxito.

Jaime Balmes es uno de los tratadistas que más profundiza en esta malograda pretensión de la nueva directriz laboral de la política económica: que-riase destruir las estructuras y las instituciones tan laboriosamente levantadas y sobre sus ruinas, elevar un edificio. Sin embargo, el liberalismo económico tuvo que contentarse con retocar o reconstruir parcelas de la sólida edificación que halló en España, dado que se enfrentó con una resistencia de firmeza mucho mayor de lo que se habían imaginado los teóricos del liberalismo. El pensador de Vich considera que el enorme fallo de la doctrina liberal consistía en actuar de forma que se contemplaba a la persona aisladamente, individualmente, materialmente, pero no en sus relaciones naturales, considerando el aspecto social del hombre, ya que se olvidaba la íntima conexión que deben tener las cuestiones económicas con las políticas y las sociales.

III

PRIORIDAD DE LO SOCIAL SOBRE LO POLÍTICO

Se ha insistido en que, socialmente hablando, la generación actuante en los comienzos del segundo tercio del siglo XIX es la más tormentosa, liberal y doctrinaria de todas las generaciones componentes de aquella centuria. Precisemos que Jaime Balmes consideraba que el enorme fallo, de la nueva doctrina liberal, consistía en que actuaba contemplando a la persona sin su ecología social:

«Todos los grandes hechos políticos, aunque presenten decidida tendencia a ciertas formas políticas, aunque parezcan animados de un principio político, no es, sin embargo, así: la cuestión de la superficie es política, pero en el fondo es social; el ruido se mete

por las formas, pero la vista está fija en objetos que afectan al corazón de la sociedad.

Lo que mueve al hombre, lo que le estimula para obrar, lo que le comunica actividad y energía, cual se necesitan para consumir grandes hechos políticos, es aquello que le afecta de cerca, que está en continuas relaciones, en contacto con su existencia» (BALMES: obra citada, XXIII, pág. 100).

Creemos de interés recordar cómo Piernas (4), el gran teórico del siglo XIX, sugiere las diferencias fundamentales, en cuanto atañe a concepción doctrinal, en el pensamiento económico español coetáneo. En lo esencial, el que sigue es el extracto del análisis de la explicación dada por el tratadista indicado: en cuanto a riqueza, fin económico, ciencia económica y demás conceptos básicos, unos pensadores se situaban mentalmente ante necesidades corporales, intereses personales y conocimientos de hechos, exclusivamente; mientras que otros miraban también, y principalmente, hacia necesidades espirituales, al interés social y al conocimiento de los principios, en este orden, ciertamente más trascendentales.

Si examinamos, asimismo, atentamente, las décadas centrales del pasado siglo XIX, en seguida nos percataremos de que se trata de una etapa de la política social hispana cuyo rasgo típico y principal es su carácter burgués. Período en el que hace su aparición el régimen contractual, el sistema de asalariado, las huelgas, las conmociones y toda clase de perturbaciones de orden público.

También es el lapso en el que ya se vislumbra, con cierto peso específico, la concepción sociológica que va proclamando con toda insistencia y claridad la necesidad de instaurar un programa o sistema de auténtica previsión social (5). Dado que el laicismo y el liberalismo producen, a lo largo de dos siglos, como bien patentiza un autor moderno (Antonio Rumeu de Armas: *Historia de la Previsión Social Española*), unos efectos francamente negativos, de verdadera destrucción de los gremios y hermandades. Tabla rasa que origina una catástrofe en la política social coetánea en el impacto de aquellas pri-

(4) JOSÉ MARÍA PIERNAS Y HURTADO: *Principios elementales de la ciencia económica*, pág. 73.

(5) Cfr. GERMÁN PRIETO ESCUDERO: «La burguesía, beneficiaria de las desamortizaciones», en *REP*, núm. 179, 1971; «El estado del pensamiento económico español en 1854», en *REP*, núm. 175, 1971; «El estado del pensamiento social en la España decimonónica», en *REP*, núm. 149, 1966; «Estratificación social en la España balmesiana», en *RIS*, núm. 111-112, 1970, y «El pensamiento político del doctrinarismo neocatólico español», en *REP*, núm. 158, 1968.

meras instituciones, y que, al propio tiempo, predispone, a lo mejor de nuestro pensamiento social, a esforzarse por realizar avances positivos en la teoría de la previsión.

Máximos representantes de esta brillante tarea, auténticos forjadores de la denominada, por nosotros, «Prehistoria de la seguridad social clásico-contemporánea», podemos considerar a Concepción Arenal, Jaime Luciano Balmes y Urpía y José Posada Herrera.

Téngase en cuenta que las escuelas sociales decimonónicas despliegan influencia decisiva para la estructura y las instituciones coetáneas, puesto que en el siglo XIX comenzó de manera seria y solvente la investigación y análisis y, por ende, el nuevo planteamiento de consecución de la paz social sobre bases que siempre giraban por derroteros del enmarañado campo social, en la amplia acepción de la palabra, en torno a los métodos y escuelas sociales de la época, por lo que parece lógico y oportuno hacer, ya que no un detenido estudio, sí cierta alusión o síntesis, de cómo, según indica Carmelo Viñas y Mey, más que explicar al hombre por el mundo se explique al mundo por el hombre, escuela inductiva. O bien, a tenor de la escuela deductiva, partiendo de hechos generales e indiscutibles, se obtengan series de proposiciones particulares. Tras de haberse elevado a proposiciones generales, en el primer caso, en sus diferentes facetas sociales. Descendiendo de hechos generales a la concreción casuística de lo social, en el segundo, en el método deductivo.

El pensamiento fulgurante de la profunda y brillante personalidad de Jaime Balmes es significativo, y hasta tal extremo que estimamos habrá que figurar en el haber del pensamiento neocatólico, con tan enorme base científica, una buena parte del origen de la Sociología. Este grupo de pensadores sociales que constituye, por otra parte, lo que Enrique Gómez Arboleya denomina identificación con la Humanidad misma: sensibilidad, intimidad, razón, libertad. Algo que es realmente extraordinario en la historia del pensamiento social español y, en ocasiones, universal.

Llegados a este punto, en el estudio o brevísimo análisis de métodos y escuelas coetáneas, creemos procede una alusión a las imperantes en la época. A continuación se enumeran las más importantes.

- Liberal, clásica e individualista: propugnadora, como es sabido, de la libertad de acción.
- Socialista, obrera e intervencionista: tiene su fundamento en el materialismo histórico.
- Francesa o de solidarismo: se basa en un orden social a imagen de lo que es una sociedad de socorros mutuos.

- Cristianismo social: propulsora del intervencionismo providencialista y robustecedora de instituciones idóneas y defensora de la denominada doctrina de vida.

El hombre primitivo es un ser sociable y, además, casi carece de individualidad. Ya intuía el sociólogo del siglo XIX que el hombre viene siendo tremendamente absorbido bajo el influjo de su función social. Para el hombre, animal político, la asociación es un hecho natural. La sociabilidad es atributo del ser humano y, consecuentemente, el hombre vive, como decimos, inmerso en lo social que lo circunda y forma su peculiar ecología.

Sin embargo, para el doctrinarismo neocatólico español, el hombre sólo puede alcanzar su plenitud por y para Dios. De aquí se deduce lo absurdo del egoísmo que mira exclusivamente al individuo, aisladamente, y que cree que el pensamiento político no tiene otra misión que la de procurar que se dogmatice en pro del individuo, de su bien y perfeccionamiento, pero que todo lo relativo al aspecto social es inoperante, por lo que es contundente y sabia réplica la de la siguiente observación de Balmes:

«El hombre, biológicamente, es un ser desventurado.»

La misma naturaleza enseña al ser humano el camino para hacer, como socio, la suplencia de aquellas iniciales insuficiencias humanas.

El hombre —continúa Balmes— es irresistible a la tendencia a la vida social, puesto que la vida social es el continente del ámbito personal.

Citemos, asimismo, frases literarias de otros campos ideológicos:

«L'homme est né libre et partout il est dans les fers.»

«El individualismo facilita el trabajo sin trabas ni gabelas opresoras.»

Pero la verdad, indica el pensamiento balmesiano, radica en todo lo contrario: lo que sin duda hace al hombre civilizado, es su sentido social, juntamente con el humanismo.

«El hombre consigue la plenitud de su esencia en su lucha del espíritu» (Eduard von Hartmann, *Philosophie des Unbewusstsein*).

Lo consciente, la vida y la razón; evidentemente todo ello, y no sólo cada una de estas cosas aisladamente, es lo preciso para tan alto objetivo. Es irresistible la tendencia a la vida social. «Non est bonum esse hominem solum».

La sociabilidad humana es precisa, incluso, para la propia conservación de la especie.

Hasta la época de Balmes puede decirse que no se resolvió la problemática entre naturaleza y sociedad. Es decir, de cuanto tiene lo social de impregnación de carácter de presión, de exterioridad, de objetividad, de conciencia y de cosa implacable. Hecho asociativo decimonónico y la evolutiva idea hispana a este respecto, junto con lo que al hombre y a la *Gesellschaft* les une y sépara ha sido estudiado, por actuales sociólogos, como Tejada (6) y Legaz (7).

La principal inquietud del pensamiento neocatólico del siglo XIX estaba dirigida a la búsqueda de fines humanos y sociales: al conocimiento del hombre, de su intelecto y de la grandeza de sus recias mentes. Lo más práctico que el hombre debe hacer, decíase, es buscar la moralidad con humildad, alejándose más y más de la soberbia. Con el estudio del «deber ser», apostilla actualmente Leopoldo-Eulogio Palacios Rodríguez, intensivo y extensivo, se logra que el hombre goce de ciertas motivaciones para obrar que le coloquen en situación ventajosa sobre aquellos que carecen de esta superioridad educacional y ética. Y así lo hicieron los prohombres de la época, forjaron con profundidad, de forma seria y científica, en esta línea de pensamiento, como la mente clara del ministro Claudio Moyano y Samaniego recoge en el texto de la famosa ley de Instrucción Pública de 30 de septiembre de 1857.

Durante los años a que este estudio se refiere, lo social primaba sobre lo político. La libertad carecía del prestigio que la idea de asociación progresivamente ostentaba. La falta de espíritu religioso en el comienzo del período a que venimos aludiendo, una defectuosa educación y, por ende, una atracada instrucción sin pareja base económica, forman, por entonces, una estructura social burguesa que resultaría preponderante, dirigente, a la par que irresistible por lo débil y desquiciada. De ahí la inaudita floración de las huelgas.

(6) «Els diversos Estats no podien permaneixer endiferents davants de l'acció social durant el segle XIX s'ha anat realitzant, tant mes quant les idees econòmiques, dominant es les esferes governamentals, s'han anat modificant, desapareixent casi de per tot ereu l'individualisme econòmic intranzigent de principis de segle» (SANTIAGO D. TEJADA).

(7) «Hay manifestaciones en la vida social en las que parece afirmarse la conciencia de lo que separa ("yo", "tú", "él"), antes que la de lo que une ("nosotros"), cosa que ocurre en todas las formas que encajan en la categoría de la "sociedad", de la *Gesellschaft*, en el sentido de Tönnies. Ahora bien, lo que separa estas manifestaciones de lo que aún no es social y sólo es relación interindividual, es cabalmente esa hábitud que predispone nuestras potencias y afectos en sentido superador de toda particularidad, que produce "socialización", individuos socializados» (LUIS LEGAZ LACAMBRA: *La idea del Estado en Donoso Cortés y en Vázquez de Mella*).

conmociones y perturbaciones de todo orden. Sin embargo, el régimen contractual, el sistema de asalariado, constituyó un primer avance en que los teóricos colocaron al pensamiento politicosocial de la época. Este lapso fue gravemente convulsivo y conflictivo, pues sólo el Gobierno de Ramón-María Narváez proporcionó la tranquilidad necesaria para una buena tarea política.

Entiéndese por la doctrina balmesiana que la legislación económica es corolario del pensamiento político del Gobierno; que en modo alguno cabe aquello de economía *versus* política; estima que las ciencias de la política y de la economía se consideraban elementos de esencial manejo para el proyecto y formulación de los planes gubernamentales, puesto que consustanciales son, a la propia esencia de la idea de buen gobierno, los fines de bien común y de bienestar económico. Agregábase que, en su concomitancia sociológica, era de justicia tener muy presente que la luminosidad conceptual de Augusto Comte iba dejando profundas huellas, conforme a la sociedad evolucionada por la «ley de los tres estados»: teológico, metafísico y positivo; influencia irradiada del pensamiento del sociólogo francés que se advierte, incluso, en lo más destacado de la ortodoxa doctrina neocatólica española. Como sabemos, dos son las grandes líneas generales del pensamiento sociológico iniciadas en el segundo tercio del siglo XIX: la de Carlos Marx y la de Augusto Comte, con distintas y opuestas repercusiones de ámbito universal, no sólo entre sus coetáneos sino que incluso llega tal adscripción doctrinal hasta nuestros días. Pues bien, para la escuela neocatólica española es evidente que Comte ejerce una terminante influencia, con el ideal de éste que podemos sintetizar, como síntoma, en su magistral frase: «Saber, para ver; prever, para obrar.»

Sin duda alguna Jaime Balmes describe magníficamente la interrelación de lo político con lo social; patentizando, por otra parte, la gran virtualidad de la asociación y, de otro lado, cuán peligrosos resultan los frecuentes cambios en las formas y en las instituciones sociales:

«La fuerza de la asociación, conocida por los sectarios y empleada con tanto éxito, está en los nuevos Institutos de una manera admirable. El individuo carece de voluntad propia; un voto de obediencia perpetua le ha puesto a disposición de la voluntad ajena; esa voluntad se halla a la vez sujeta a la de otro, formándose de esta suerte una cadena cuyo primer eslabón está en manos del Papa. De modo que se hallan a un tiempo reunidas la fuerza de la asociación y la de la unidad en el poder; todo el movimiento, todo el calor de una deocracia y todo el vigor y la rapidez de acción de la Monarquía.»

«La sociedad es como la Naturaleza, presenta los fenómenos y oculta las causas; y así, para adelantar en el estudio físico, es necesario

recoger hechos y combinarlos, si no para averiguar las causas, al menos para descubrir las leyes generales, del mismo modo ocurre en el estudio de la sociedad; y así se tendrá por insensato quien quisiese que el mundo físico marchara conforme a las leyes que él se había imaginado, no lo son menos los que quieren variar la sociedad con el molde de sus vanas teorías. El mundo queda como es a pesar de los delirios de los filósofos, sólo que en materia social los delirios de los filósofos cuestan a las naciones ríos de sangre y de lágrimas.» (Balmes: ob. cit., VII, pág. 107, y XIV, pág. 231.)

Pero insistamos en la forma y modo de ver en el pensamiento balmesiano las distintas facetas de la referida prioridad de lo social sobre lo político.

La concepción teológica del humanismo hispánico, el hecho de que todos estos fines se dirijan fundamentalmente a la política agible, más que a la factible, ese singular sentido moral y humano del pensamiento neocatólico de España justifican, más que razonablemente, el estudio de enlace entre cuestiones morales y políticas. Se insistía mucho, en dicha época, en el sentido de que en política debe conducirse con gran desinterés y con un extraordinario espíritu de superación, dada la posición privilegiada de las personalidades que en política actúan.

Juan Donoso Cortés, asimismo, expone de manera clara y convincente la interrelación de las cuestiones políticas y sociales, así como lo más conspicuo de la doctrina neocatólica, en cuyo período se va decididamente a derrocar el sentido mercantilista, de transacción; época de la que se pretende dispensar al trabajo la protección y la humanización que, como medio natural para el desarrollo de la dignidad del hombre exige la nobleza del trabajo como fruto de la persona.

Pero la acción no es concorde al pensamiento político, la legislación no corre parejas a tan excelente doctrina social. Un factor que podía haber sido positivo de manera decidida, la política desamortizadora, pese a los buenos deseos del doctrinarismo balmesiano, con su constante de caridad, versión coetánea de la hoy denominada «justicia social», en realidad sirvió, principalmente, para un injustificado enriquecimiento de alta burguesía y para lanzar al campesinado a componente originario de un vapuleado proletariado.

IV

PRIORIDAD DE LO MORAL Y LO RELIGIOSO SOBRE LO POLÍTICO
Y LO ECONÓMICO

Hay que reconocer los grandes esfuerzos realizados por los pensadores decimonónicos proponiéndose inculcar, difundir y cultivar las imperantes sutiles doctrinas dimanantes de las neocatólicas ciencias deontológicas: el reflejo del conjunto de tal concepción hispánica es que se trata de configurar una nueva idea de conciencia, segura de sí misma, equilibrada y armoniosa, que deberá actualizar, cristianizándola, la teoría aristotélica. Y hace eco al lema generacional que infiere a la búsqueda de un ideal moral, a la finalidad de ennoblecer más y más la vida humana, a través de una racional exigencia de selección de medios virtuosos o idóneos para la consecución de aquella aludida superior educación. «Rectituo voluntatis est per debitum ad finem ultimum.» Se considera por este pensamiento que el bien vital no sólo tiene ese fin sino el sobrenatural: «Dios presente en todas las acciones.»

Asimismo, es cierto que mucho preocupa a la doctrina balmesiana la respuesta a la pregunta bíblica: «¿Quid est veritas?». Es entonces cuando los pensadores y tratadistas, como Jaime Balmes, comienzan a definir toda una serie de cuestiones sutiles e importantes, como la de verdad abstracta: los hombres no ven las ideas distintamente; configúrase, asimismo, la verdad concreta: los hombres falsean y confunden los hechos. Es la época brillante, literaria y gramaticalmente. Entre las sutilezas balmesianas se entiende por verdad de entendimiento, lógica o gnoseológica, aquélla que sirve para conocer las cosas tal y como son; y, verdad de voluntad: querer las cosas como es debido, conforme a las reglas de la sana moral.

Tenemos que subrayar cómo hasta entonces la búsqueda de la verdad no se había realizado con el tesón y ahínco que comenzó a realizarse en la época balmesiana. Se reafirma que de las cosas más seguras, la más segura es dudar. La verdad, la auténtica verdad, es la del Hijo de Dios, que es la que, ciertamente, nos hará libres.

El precedente pensamiento fue debidamente exployado por Juan Donoso Cortés, para poner de manifiesto que en su médula se compendia la autenticidad misma de lo español, por lo que a través del mismo consigue el marqués de Valdegamas una trascendental resonancia allende fronteras.

Hombre y belleza moral, indícase por el pensamiento ochocentista que nos ocupa, son dignificados mutua y recíprocamente: el arte, la pintura, la escultura, yendo en pos de la belleza, ennoblecen al hombre y, el hombre, a dichos valores.

Para no prolongar con exceso este tema, podemos sintetizar con las afirmaciones de que para conseguir la «revalorización del hombre» y una «sociedad libre en sentido filosófico» era preciso que, en el siglo XIX, se reformara toda la estructura de España, empezando por la reforma del propio ser humano, para entregarse a una tarea de la elevación de miras a que alude Buylla :

«Al estudio de la resolución de aquellos problemas que, por tocar la raíz de la vida colectiva, mejor, de la cooperación humana, constituyen la quintaesencia de lo moral» (Adolfo Alvarez Buylla: *La reforma social de España*).

Bueno será recordar que el hombre es el medio y, al mismo tiempo, el fin de la política, y que lo político, en su contemplación científica, no puede consistir sólo en un mero culto teórico, de exclusivo estudio de principios políticos, sino que, obviamente, la experiencia y observación son también importantes. Y la política pragmática neocatólica implicaba nuevos métodos y mentalidades: abandono de los secularmente acariciados sueños africanistas y americanistas y viraje del pensamiento hacia los caminos del destino europeo, cuya política exige la actuación y el estudio atento del *homo hispanicus*, tanto en el medio y fin político aludidos como en el descrito cuadro de un presentido europeísmo.

El pensador decimonónico español acertó a ver que el hombre no era, expresándolo así claramente, puro *ratio* ni meramente *physis*. Por consiguiente, no le bastaba, ni se conformaba, con el hecho de lograr determinados bienes temporales. El duro y agreste hombre hispano de la época, incluso el de mentalidad política liberal, se siente poco vinculado por la codicia y aspira a un nuevo orden en el más amplio y humano sentido; se siente amante de la naturaleza, de la libertad y de la independencia; poseía un agudo sentido de muchas cosas, entre ellas de lo político, aun cuando no se le ayudara gran cosa en el desarrollo de ese innato sentido; se hallaba en posesión de una vertiente que lo llevaba, inexorablemente, a la proyección exterior y a la colonización por y a causa de España: *magna parens virum*; inclinación de la que el hombre hispánico tantas pruebas ha dado.

En la época de Balmes atrae el tema del europeísmo y por ello se desea realizar en España un gran esfuerzo en esta dirección, aunque este esfuerzo del pensamiento balmesiano, en la práctica, ese tremendo empujón mental para realizar y plasmar los ideales europeístas, sufre un grave desvío del correcto camino y sigue un sistema desde luego inconveniente, puesto que, de hecho, en la realidad no se ha elegido bien: impórtanse las creaciones nocivas del continente europeo, las que más deterioraban lo noble y esencial propio

y que únicamente contenían europeización meramente estética, pero brillaban por su ausencia las instituciones políticas de auténtico corte y factura «europeos».

A continuación se transcriben unas significativas palabras de Juan-Manuel Orti Lara, puesto que estimamos exponen de manera clara y convincente cómo ve Juan Donoso Cortés la interrelación de las cuestiones políticas y teológicas:

«El mérito de Donoso, fundamento de su creciente gloria, consiste en haber visto y demostrado, asimismo, que, en toda cuestión política se halla como embebida una cuestión religiosa. Haber ofrecido al mundo en las soluciones católicas el remedio de sus males y la razón de su fundamento y esperanzas.»

No con menos ahínco subraya Jaime Balmes la obligada interrelación politicoteológica, explicando y mostrando la causa de la propia génesis y subsistencia del maquiavelismo, puesto que, volviendo la oración por pasiva, excluye la moral de la política, toda vez que tal teoría, militando en el extremo opuesto al neocatolicismo, apenas establece distinción entre la política y la moral, o mejor, excluye la moral, por lo que sus resultados han de ser forzosamente caóticos.

Para Augusto-Enrique Ritter, con su teoría de eclecticismo reflexivo *Volkstand*, un tanto superadora de la oposición entre moral y política en el aspecto teórico y abstracto, en la realidad concreta identifica la ley moral y el interés público.

Como es sabido, el británico Tomás Moro concede primacía a la moral sobre la política; basándose en la moral como sostenedora de todas las manifestaciones éticas, determinante de los deberes y de los caminos a seguir por la política.

Pero volvamos al pensamiento de Jaime Balmes que colige que la reestructuración política debía impregnarse cada día más de aquel espíritu cristiano que había de dar fuerza, y servir de guía, en combate contra doctrinas demolidoras de lo ético, en cuanto pretendía ese Código moral que ha sido patrimonio de la España eterna y rector de la vida: no conceder la mínima licitud a la subversión del establecido principio de jerarquización, ni a la práctica del mal, aunque se pretenda justificar como medio para la realización de un buen fin; encaminándose, las virtudes o cualidades balmesianas, al ideal de reforma política de España, con los cimientos y concreciones siguientes: religiosidad, moralidad, patriotismo, tolerancia, paciencia y, sobre todo y ante todo, caridad

y moral, para la mejor reforma del hombre en general y del político en particular, en su perfeccionamiento progresivo conforme a las miras divinas.

En conjunto, el pensamiento neocatólico tenía una visión absolutamente religiosa, de valores humanorreligiosos, de la estructuración política y, conforme a tal concepción, proyectaba y actuaba de forma rigurosamente vinculante (8).

Creo que ya en alguna otra ocasión hemos recordado que uno de los más famosos escritores de la postguerra (Arthur Koestler: *El cero y el infinito*) formula una advertencia de política práctica de resonancia universal y que siempre estará vigente, cual es la del relato de la espantosa imagen de cómo el hombre que mandó, en determinadas comunidades políticas, aunque hubiera tenido un gran poder, al cesar en el alto puesto o cargo, se convierte en un cero absoluto en su sociedad. ¿Por qué? Sin duda por haberse perdido toda fe en las eternas verdades de los Evangelios. Esta es la respuesta dada por Andrés Borge Borrego un siglo antes del mensaje de Koestler y, quizá, con mayor consciencia, aunque tal vez con menos brillantez literaria:

«La Providencia no es ajena a los destinos de la Humanidad» (Andrés Borge Borrego: *De la organización de los partidos en España*).

El pensamiento neocatólico entiende como premisa ineludible para la reestructuración política el sólido imperio de un espíritu cristiano, benéfico, protector, patriarcal, tradicional, fraternal, benévolo, caritativo; que el Gobierno descansa no en el número, en el artificio, en la brillantez, sino en la auténtica solidez y bondad de ideas, de la voluntad; consecuentemente, es indispensable el consentimiento de los gobernados.

Nadie ignora que Jaime Balmes insiste, una y otra vez, en la necesidad de retornar a lo esencial; en que es preciso arraigar en los principios eternos:

(8) «Ignorábamos nosotros que los que profesan la doctrina del Derecho divino sostuviesen que no se podían reformar las constituciones de los Estados; creíamos que la historia de largos siglos, en que estuvo dominante dicha doctrina, atestiguaba que se habían reformado muchas constituciones; no sabíamos que el Derecho divino encadenase a los pueblos con la Constitución que una vez hubiesen llegado a tener, sin que valiese nada la variedad de los tiempos y las conveniencias de los Estados; opinábamos que, aunque se diese por supuesto (lo que es falso) que el Derecho divino ponga en el trono el único poder constituyente, era claro que si el poder constituyente era el Rey, había un poder verdaderamente constituyente también si el Rey obraba de acuerdo con las Cortes; no habíamos notado que ninguno de los órganos de prensa que se suponen partidarios del Derecho divino hubiesen negado la existencia de un poder constituyente sobre la tierra; al contrario, parecíanos que alguno de ellos lo había reconocido expresamente» (BALMES: ob. cit., XXVII, págs. 227 y sig.).

traer lo eterno a lo temporal (9); sostiene, firmemente, que la cuestión política es, en el fondo, una cuestión moral: reductible al problema del bien y del mal, del ser o del no ser.

El patrimonio, agrega el sociólogo vicense, la tolerancia, esa disposición de ánimo adquirida insensiblemente, ese hábito de sufrir, evitar las conmociones y violencias, buscar armonía y concordia, la no oposición de dificultades al trabajo sincero y serio, pensar y sentir antes de juzgar, estos son los cimientos y las virtudes basamento de la doctrina aludida (10). Realicemos todo esto, prosigue Balmes, con paciencia, optimismo, fe cierta y rosada, puesto que mediante la práctica de la virtud consiguiese una correcta ordenación espiritual y teológica de la política. Y no olvidemos que el mejor de los mundos posibles es aquél en el que reina más variedad, con más orden; el mejor indicio de un espíritu ordenado es poder detenerse y permanecer consigo mismo: la prudencia, que señoreará el carácter, dará la jerarquización de los valores; la prudencia política armonizará bien propio y bien común.

Para concluir, hagamos un breve recorrido por otras mentes de la escuela neocatólica, para indicar que Antonio Aparisi y Guijarro expresaba, por cierto muy vehementemente, su firme creencia en esta fibra de espiritualidad religiosa del pueblo español (11).

(9) «Aun cuando el sistema Owen fuese muy racional y muy justo, bastaría que exigiese una preparación imposible para que debiera ser mirado como una utopía irrealizable. Mas no está mal exigir una preparación en los espíritus de todo punto imposible, sino que para prepararlos se comienza echándolos a perder destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la conciencia, la responsabilidad, anonadando a todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando a los goces, persuadiendo de que nuestro más alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer el mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guía, con bajel desmantelado en medio de las tempestades del océano» (BALMES: ob. cit., XI, págs. 266 y sig.).

(10) «Se llama tolerante a un individuo cuando está habitualmente en tal disposición de ánimo que soporta sin enojarse ni alterarse las opiniones contrarias a la suya. Esta tolerancia tendrá distintos nombres, según las diferentes materias sobre que verse. En materias religiosas, la tolerancia, así como la intolerancia, pueden encontrarse en quien tenga religión y en quien no la tenga. ¿Quién más tolerante que San Francisco de Sales? ¿Y quién más intolerante que Voltaire?» (BALMES: ob. cit., VI, pág. 255).

(11) En nuestro artículo «Estratificación social en la España balmesiana» (en *RIS*, número 111-112, 1970, págs. 22 y sig.), indicábamos: que las ideas filosóficas vigentes en las décadas centrales del siglo XIX, racionalismos, liberalismos y socialismos (con los precedentes que implicaron las revoluciones, sobre todo la más cercana a nosotros, la francesa, que originaron las conocidas luchas de clases, consecuencia, asimismo, de las perturbaciones que el maquinismo arranca); la supresión de las asociaciones o corporaciones artesanas; la usura voraz de unos del brazo de extremadas riquezas, enfren-

Juan Donoso Cortés clamaba: «Si la felicidad es una adorable mediocridad, si la justicia es un derecho de vida, no hagáis perder a los pobres la virtud de la paciencia alejándoos vosotros de la virtud de la caridad.» Insistiendo en sus consejos a los ricos, les advertía: «¡Dejad que os engañen los pobres!» Un orden nuevo de cosas, sostenía el marqués de Valdegamas, surge y surgirá siempre de la perpetua necesidad dispuesta por Dios, desde el principio de los tiempos: hoy el trabajo es el valor supremo en el orden natural y, lo bueno y lo justo, en el orden moral (12).

V

CONCLUSIÓN

De cuanto anteriormente se ha expuesto puede sintetizarse que, en el periodo balmesiano, se alcanza una madurez de pensamiento en el que no sólo existe una interrelación de lo político, lo económico, lo social y lo religioso que elimina, por supuesto, el *economía versus política*, sino que tal pensamiento llega a considerar que lo religioso es principio y fin de la vida moral, y que ésta se halla entonces regulada, más que nunca, por los dogmas, la disciplina y la moral. Desde el punto de vista filosoficosocial, entendemos que

tándose, cada día, a la progresiva pobreza de otros, problemas estos en cuya suavización tanto influyó el énfasis y la vehemencia de los pensadores españoles neocatólicos:

«Yo creo que ha habido en la tierra dos pueblos que han sido elegidos y predeterminados: el pueblo judío y el pueblo español. Los que no crean en la verdad de lo que digo, creerán las pruebas que voy a dar.

»El pueblo judío fue el representante, el sólo representante, en la antigüedad, de esta idea religiosa, de la unidad, de la espiritualidad de Dios, entre los demás pueblos idólatras y materialistas; el pueblo español ha sido el representante del catolicismo entre los pueblos protestantes. El pueblo judío derramó su sangre por su fe en Asia; y el pueblo español, en las regiones de Europa y en el continente americano.

»Véase si la semejanza no es cabal, si la semejanza no es cumplida, si la semejanza no es honrosa.

Pues bien: yo pido al pueblo español lo que hizo el pueblo judío; el pueblo judío ha conservado intacta su fe, a pesar de su dispersión, de su cautiverio; y yo pido que el pueblo español conserve intacta su fe, a pesar de las revoluciones» (JUAN DONOSO CORTÉS).

(12) «El partido carlista, abundante en rotundos radicalismos verbalistas magnificados por el genio fulgurante de Donoso Cortés y por el verbo arrebataador de Vázquez de Mella, que además encerraba una cantera de ideas, no se nutría, en la medida necesaria, de la moderación de Aparisi ni de la elevación de Balmes» (CARLOS RUIZ DEL CASTILLO Y GARCÍA DE OCAMPO: *Lo vivo y lo muerto de la idea liberal*).

ésta es la esencial consideración que ahora debemos recapitular y la que se colige, por cierto con toda claridad, de la siguiente aseveración de Jaime Balmes:

«Con religión, con moral, pueden marchar bien todas las formas de gobierno; sin ellas, ninguna; un Gobierno más o menos lato puede concebirse cuando hay virtudes en la sociedad. cuando hay moral, cuando hay religión» (Balmes, ob. cit., XXXI, págs. 24 y sigs.).

Afirmación en la que recientemente se ha insistido (13): el descenso del termómetro religioso señala siempre la escalada del termómetro revolucionario y, por ende, téngase muy presente que la moral del triunfo, tábida, corruptora y materialista sustituye aceleradamente a la moral cristiana; frases que contienen una implícita invitación a la persistencia en la moral magistralmente diseñada por el pensamiento balmesiano, la de los evangelizadores, no la de los auríferos.

GERMÁN PRIETO ESCUDERO

R É S U M É

L'auteur étudie, dans cet article, la façon tranchante et précise selon laquelle Balmès établit la primauté du politique sur l'économique, du social sur le politique, et, surtout, l'absolue priorité de l'éthicoreligieux.

La conception balmésienne considère l'économie comme un art authentique, étant donné que dans celle-ci est également fondamentale la recherche de ce qu'il faut faire c'est à dire des règles. Cette conception coïncide avec l'époque de grande apogée en Espagne des études économiques, avec une attention préférentielle accordée aux thèmes de doctrine économique, grâce à l'essor de laquelle sont constituées les origines et les bases qui seront postérieurement sensiblement développées.

Quant à la pensée politique, il faut rappeler que l'homme dur et rural espagnol, contemporain de Balmès, se sent peu enclin à la cupidité et aspire à un ordre nouveau dans son sens le plus ample et le plus humain; son grand amour pour la nature, l'indépendance et la liberté et son sens inné de la politique, perçoit clairement que le politique, en tant que science, ne peut se limiter à un simple culte théorique, d'étude exclusif des principes politiques, sinon qu'il

(13) LUIS MARÍA ANSÓN: «La reforma moral», en ABC, 29 de enero de 1972, página 1.

estime que sont certainement importantes l'expérience et l'observation. Il est évident que le penseur est plus intéressé par la science politique, la politique théorique, et laisse plutôt, de côté, pour être étudiée par le politicien professionnel, et l'homme d'Etat, la politique pratique, considérée comme art et servie par la raison pratique.

L'économique est conditionné au politique: l'homme d'Etat, celui qui gouverne, propose des indicateurs et des objectifs nationaux l'économiste, le technicien essaie de procurer les moyens adéquats pour atteindre les objectifs politiques qui ont été proposés.

Pour Balmès, l'homme est totalement absorbé par l'influence de sa fonction sociale; la sociabilité, en tant qu'attribut de l'être humain, et l'esprit d'association inné en lui, constituent pour l'homme des faits naturels. Par conséquent, les personnes vivent submergées dans le contexte social qui les entoure, avec une faible marge d'individualité, et le social présente, un caractère marqué de pression, d'extériorité, de fait implacable, ce qui empêche Balmès de considérer l'homme de façon isolée, individuellement et matériellement, sinon dans ses relations et son aspect social.

La pensée balmésienne souligne également de façon magistrale, le fait que toute question, comme toute politique, est fondamentalement une question sociale et affirme que tous les grands faits politiques, bien qu'ils présentent une tendance marquée vers certaines formes politiques, et qu'ils semblent animés par un principe politique, ne sont politiques que superficiellement et constituent dans le fond des questions sociales; l'attention est attirée par les formes, mais elle est fixée sur des objets qui affectent le coeur de la société. Ainsi donc, Balmès ose, longuement et vue sa dimension politique, créer une authentique philosophie politicsociale qui contient, comme base et levain du catholique, tout ce qui est scolastique; cette thèse se retrouvera plus tard dans la conception doctrinale politique de ce qui fut appelé l'«ultramontanismo» espagnol.

Mais le plus important de cette pensée est qu'elle essaie de former une nouvelle idée de conscience, sûre d'elle même, équilibrée et harmonieuse, qui rend actuelle, en la christianisant, la théorie aristotélicienne; impliquée dans un idéal déontologique, dans la finalité d'ennoblir de plus en plus la vie humaine, à travers une exigence rationnelle de beauté morale et de "revalorisation de l'Homme". Le religieux, dans la pensée balmésienne, est principe et fin de la vie morale; celle-ci se trouve plus que jamais réglée, par les dogmes, la discipline et l'ordre. Ce que nous venons d'exposer constitue, selon notre modeste opinion, la synthèse essentielle de la pensée de Balmès dans ses aspects philosophico-doctrinaux.

SUMMARY

This essay demonstrates the uncompromising manner in which Balmes affirms the precedence of the political over the economical, of the social over the political and, especially, the absolute primacy of ethical and religious considerations.

Balmes considered Economics to be a real art since the search for valid working methods, of rules, is essential to it. Economic studies were the object of preferential attention all over Spain in his time, a fact which made it possible to put down foundations for appreciable progress later.

As to political thought, it is pointed out that Balmes rough and ready Spanish contemporaries were not much attracted to the principle of material gain, aspiring rather to a new order, in the widest and most human sense. A great love of nature, independence and liberty and an innate feeling for politics (nineteenth century man received little help in this respect) made them see the latter as a science transcending the realm of mere theory and abstract principle in which experience and observation were important. The thinker, of course, was more interested in political science and left practical politics to the professional politician and statesman.

Economics are conditioned by politics. The ruler lays down the national targets; the economist and the experts work to provide the best means of attaining them.

For Balmes man is to a considerable extent absorbed by his social function. Sociability is an attribute for the human being and the innate desire to associate constitutes a fact of nature for him. Thus people live immersed in an enveloping social structure which exerts an external and implacable pressure, leaving them scant margin for individual response. This is why Balmes cannot share the view of man as an individual flesh and blood reality outside his social context.

Balmes also argues, with convincing mastery, that every question, every political creed, is basically social. He affirms that all important "political" events, though presented in political guise and apparently inspired by political ideas, are only superficially political. They are really social events: the "noise" and the forms are political, but the eyes are fixed on objects that affect the heart of society. It is thus natural that Balmes, with his formidable political equipment, should take it upon himself to create a real politico-social philosophy containing scholasticism as its Catholic basis —later to find its place in the political doctrine known as Spanish "ultramontanismo".

But Balmes thinking is important primarily because it represents an attempt

to create a new conscience that, sure of itself and in balanced harmony, would bring up to date and Christianize Aristotelianism. It infers a deontological ideal with the object of progressively ennobling human life by means of a rational call for moral beauty and the "revaluation of Man". Religion, for Balmes, is the beginning and end of moral life. This is regulated, more than ever, by dogmas, discipline and order. In our modest opinion, we have here the essence and synthesis of Balmes philosophico-doctrinal thought.